



IGLESIA EVANGÉLICA PRESBITERIANA EN CHILE

*Aunque el mal a menudo parece dominar Dios es aún el Señor
y Jesús la única cabeza de la Iglesia.*

Carta del Moderador

Muy amados/as en Cristo:

Celebramos gozosos este domingo de resurrección y nos saludamos exclamando “El Señor ha resucitado” y contestamos con la misma alegría, “Sí, verdaderamente ha resucitado”, porque después de unos cuantos días de oscuridad renace la esperanza en la visión del Cristo resucitado. Si, celebramos, y en las semanas que vienen estaremos viviendo los días en que ese Cristo, que nos encuentra en el cenáculo, a puertas cerradas por temor al imperio y a sus siempre disponibles colaboradores, o en el común de nuestras tareas cotidianas, como los discípulos que volvieron a sus redes y a la frustración de las redes vacías, o en el camino, mientras conversan de lo ocurrido y del fin de las esperanzas y la muerte del maestro, nos enviará a continuar Su tarea, y al Ministerio de anunciar las buenas nuevas del fin de los esfuerzos religiosos por auto justificarnos, escondernos de Él y de nosotros mismos, de negar nuestra realidad, y asumir la tarea de mejorar para llegar a asir aquello para lo cual fuimos asumidos, seguros de que de Su mano nadie, ni nada, puede arrebatarnos.

Y nos parece a veces que hace tanto tiempo que ocurrió todo esto; nos parece que dos mil años aproximadamente son tan lejanos, que hemos lamentado tantas veces esta cruel injusticia, esa cruenta muerte y gloriosa resurrección que poco a poco para muchos se ha tornado un rito más, una oportunidad para el escape de la ciudad o de las tareas de la semana, y para incluso algunos así llamados cristianos una oportunidad para las fiestas.

Y es que dos mil años parecer ser “tanto tiempo”, y sin embargo a la vez tan poco. Sí, poco. Los cristianos hemos rememorado, con las más diversas formas litúrgicas unas dos mil veces estos eventos, pero si no pensamos en años sino solo en veces: ¿qué son realmente dos mil veces? ¿Cuántos actos innecesarios, o insignificantes realizamos más de dos mil veces en nuestra corta vida? ¿Qué son dos mil veces para la experiencia de un pueblo que tiene visión de eternidad?

Esta sensación o vivencia que les comparto como testimonio, si así lo prefieren, me sorprendió este Jueves Santo mientras caminaba y pensaba en la brevedad de tres días de oscuridad desde Jueves Santo hasta Domingo de Resurrección, en cuantas veces lo hemos celebrado como iglesia, y en la diferencia que hace el número a solas con el número en años, y lo breve e intenso que es el tiempo que nos separa de su ocurrencia, así como son breves pero intensos esos tres días en que lloramos su muerte y celebramos su resurrección. Y ciertamente, lo intensos también que son esos dos mil años de “todavía no”, años llenos de crueldad, guerras y rumores de guerra, matanzas, odio racial, holocaustos y genocidio, dictadores y explotación desenfrenada, matanzas sin sentido, pero también dos mil años de gestos insuperables de amor, de entrega y sacrificio por el bien de otros, de lucha hasta la muerte contra la barbarie de quienes ostentan el poder usado para oprimir, y de quienes se consideran civilizados porque poseen armas de destrucción masiva por causa del miedo en que vivimos. Dos mil años de progreso del conocimiento y de la tecnología, de las artes y del saber. Años de errores y traiciones de la Iglesia, pero también de aciertos y fidelidad a Su nombre, tiempo de mártires de entonces, y de hoy.

Sí, pocas veces lo hemos celebrado, y la intensidad del camino recorrido nos hace percibirlo como demora, como evento lejano, pero como cuando han pasado muchos años y miramos hacia atrás en la vida, y nos dicen los más ancianos, “es corta la vida, y los años pasaron sin notarlos”, así debe ocurrirle a la iglesia; porque ayer el Señor caminaba entre nosotros, ayer el Señor murió por nosotros, ayer el Señor resucitó por nosotros y ayer y hoy nos envía en el poder del Espíritu a ser sus testigos, a salir de los muros del temor y a vivir Su presencia con nosotros en el camino al partir el pan, nos señala donde poner las redes, y nos espera en la orilla con el fuego encendido y alimento listo para ser servido. Celebremos entonces la inmediatez de Su vida, Su sacrificio y de Su presencia.

" Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Didimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada. Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.

Juan, 21:3-9 RV.60



*Jorge Cárdenas Brito +
Moderador*